

hablar en secreto, acompañados únicamente de sus amigos más íntimos. El emperador estaba por la paz; la inercia del cuerpo germánico pesaba sobre sus resoluciones, y sentía la dificultad de imprimir á esta federacion vasalla del imperio la unidad y la energía necesarias para atacar á Francia en la furia de su revolucion. Los generales, y el mismo mariscal Lacy, vacilaban en vista de unas fronteras tenidas por inexpugnables, y el emperador temia por los Países Bajos y por Italia. Las máximas francesas habian atravesado el Rhin, y podian causar una explosion en los Estados alemanes en el momento en que se pidiese á los príncipes y á los pueblos que se levantasen contra Francia, y la Dieta popular podria tal vez más que la de los soberanos. Unas medidas mixtas y dilatorias producirian el mismo efecto de intimidacion sobre el genio revolucionario, sin ofrecer iguales peligros para Alemania. ¿No era más prudente formar una liga general de todas las potencias europeas, y rodear á Francia de bayonetas, intimando entónces al partido triunfador que volviése la libertad al rey, la dignidad al trono y la seguridad al continente? «Si la nacion francesa se niega á ello,—añadió el emperador,—la amenazarémos, en un manifiesto, con una invasion general, y si ésta se hace necesaria, la aplastarémos bajo la irresistible masa de todas las fuerzas de Europa reunidas.» Tales eran los consejos del genio contemporizador del imperio, que siempre aguarda á obrar por necesidad, que jamás se adelanta á ella, y que quiere asegurarlo todo sin arriesgar nada.

El rey de Prusia, más impaciente y más amenazado que los otros, confesó francamente al emperador que él no creía en la eficacia de aquellas amenazas. «La prudencia—le dijo—es un arma insuficiente contra la audacia. Estar á la defensiva es indicar que se teme á la revolucion. A ésta es preciso atacarla desde la cuna. Dar tiempo á los principios franceses, es darles fuerza; entrar en negociaciones con la insurreccion popular, es mostrar que se la teme y que se está dispuesto á tratar con ella. Es preciso sorprender á Francia *in fraganti* delito de anarquía, y no dar el manifiesto europeo hasta despues que las bayonetas hayan atravesado las fronteras y que, triunfantes ya las armas, hayan dado autoridad á las palabras.»

Al emperador parecia que le hacian fuerza estas razones; insistió, sin embargo, sobre los peligros á que una invasion repentina expondría á Luis XVI, y enseñó varias cartas de este príncipe; confió tambien al Congreso que el marqués de Noailles y Mr. de Montmorin, embajador el uno de Francia en Viena, y ministro el otro de Negocios extranjeros en Paris, ambos afectos al rey, hacian esperar á la corte de Viena el pronto restablecimiento del orden y de modificaciones á la Constitucion francesa en sentido monárquico. Pidió que se suspendiese toda decision hasta el mes de Setiembre, sin que esto obstase para que el tiempo que mediaba hasta entónces se emplease en hacer preparativos y en tener disponibles todos los recursos militares de las dos potencias.

La escena varió de aspecto al dia siguiente, con la llegada del conde de Artois. Este jóven príncipe habia sido dotado por la naturaleza con todos los dones exteriores de un caballero. Hablaba á unos soberanos en nombre de los tronos, y al emperador en el de una hermana que iba á perder el suyo, y que se veía ultrajada por sus vasallos. Toda la emigracion, con sus desgracias, su nobleza y sus ilusiones, parecia haberse personificado en el conde de Artois. El marqués de Bouillé y Mr. de Calonne, es decir, el genio de la guerra y el de la intriga, le habian seguido

á aquellas conferencias. El conde de Artois obtuvo varias audiencias de los dos soberanos, en las que habló con energía y con respeto contra el sistema de contemporizacion del emperador. Logró poner en accion la lentitud germánica, y el emperador y el rey de Prusia autorizaron al baron de Spielman por Austria, al de Bischofswerder por Prusia, y á Mr. de Calonne por Francia, á reunirse aquella misma noche y á redactar de comun acuerdo un proyecto de declaracion para presentarlo á la sancion de los monarcas.

El baron de Spielman, bajo la inspiracion directa del emperador, fué el redactor de este documento. Mr. de Calonne, en nombre del conde de Artois, combatió en vano ciertas reservas que desconcertaban la impaciencia de los emigrados. Al dia siguiente, á la vuelta de una excursion á Dresde, los dos soberanos, el conde de Artois, Mr. de Calonne, el mariscal Lacy y los dos negociadores se trasladaron al cuarto del emperador. Se leyó ó se discutió la declaracion, se pesaron todas las razones en pro y en contra, modificáronse algunas expresiones, y á propuesta de Mr. de Calonne y á instancias del conde de Artois, consintieron el emperador y el rey de Prusia en la insercion del último período de ella, en el cual la guerra se mostraba suspensa sobre la revolucion.

Hé aquí esta pieza, que fué el anuncio de una guerra de veintidos años:

«Habiendo oido el emperador y el rey de Prusia los deseos y las representaciones de *Monsieur* y del señor conde de Artois, declaran mancomunadamente que miran la situacion en que se encuentra actualmente el rey de Francia como objeto de comun interes para todos los soberanos de Europa. Ambos monarcas esperan que este interes no puede ménos de ser reconocido por las potencias cuyo auxilio se reclama, y que por consiguiente, no se negarán á emplear, en union con el emperador y el rey de Prusia, los medios más eficaces, y en proporcion á las fuerzas de cada una de ellas, para poner al rey de Francia en estado de consolidar con completa libertad las bases de un gobierno monárquico, que sea tan conveniente á los derechos de los soberanos como al bienestar de los franceses. Entónces y en semejante caso, SS. MM. están decididas á obrar prontamente y de comun acuerdo con las fuerzas que sean necesarias para conseguir el comun objeto que se han propuesto. Entre tanto, darán á sus tropas las órdenes convenientes para que se hallen dispuestas á obrar en llegando la ocasion.»

Se ve claramente que esta declaracion, tímida y amenazadora á la vez, era demasiado para conservar la paz, y muy poco para encender la guerra. Semejantes palabras atizaban la revolucion en vez de sofocarla. Descubriáse en ellas á un mismo tiempo la impaciencia de los emigrados, la resolucion del rey de Prusia, la vacilacion de las potencias y la contemporizacion del emperador. Era aquélla una especie de concesion á la fuerza, á la debilidad, á la guerra y á la paz, y se trasladaba en aquel escrito el estado en que toda Europa se hallaba. Era, finalmente, una manifestacion evidente de la incertidumbre y de la anarquía de los gabinetes.

## XII

Despues de este acto tan imprudente como insuficiente, los dos soberanos se separaron. Leopoldo fué á Praga á coronarse, y el rey de Prusia á Berlin á poner su ejército en pié de guerra. Triunfantes los emigrados por lo que habian obtenido,



adquirieron nuevas fuerzas. Las cortes de Europa, á excepcion de la de Inglaterra, contestaron á las de Berlin y Viena de un modo equívoco, y el ruido que movió la declaracion de Pilnitz se apagó en cuanto llegó á Paris, en medio del bullicio y regocijos públicos que se daban entónces por la aceptacion de la Constitucion.

Leopoldo, desde aquella conferencia buscaba con más ánsia cuantos pretextos podia para que se mantuviese la paz. Su ministro el príncipe de Kaunitz temia todas las sacudidas violentas que pudiesen desarreglar el antiguo mecanismo diplomático, cuyos resortes conocia perfectamente. Luis XVI le envió secretamente al conde de Fersen para que le suplicase que no alarmara con el aparato de las armas á la revolucion, que parecia dormirse en su triunfo.

Los príncipes emigrados obraban en distinto sentido y hacian resonar en todas las cortes las palabras dadas en beneficio de su causa en la declaracion de Pilnitz. Escribieron, pues, una carta á Luis XVI en la que protestaban públicamente contra el juramento que habia prestado á la Constitucion; juramento que, segun decian en aquel escrito, habia sido arrancado á su debilidad y al estado de cautiverio en que se hallaba. El rey de Prusia, al recibir la circular del gabinete frances en que se le noticiaba oficialmente la aceptacion de la Constitucion por el rey, exclamó: «Ya veo asegurada la paz de Europa». Las cortes de Viena y de Berlin aparentaron creer que todo estaba concluido en Francia por aquellas mutuas concesiones entre el rey y la Asamblea, y se resignaron á ver abatido el trono de Luis XVI, con tal que la revolucion consintiese, aunque sólo fuera en la apariencia, dejarse dominar por el trono.

Rusia, España, Suecia y Cerdeña no se sosegaron con tanta facilidad. Catalina II y Gustavo III, aquélla por el sentimiento orgulloso de su poder, y éste por sacrificarse generosamente por la causa de los reyes, convinieron en enviar un ejército en socorro de la monarquía, compuesto de cuarenta mil hombres entre rusos y suecos. Este cuerpo de ejército, pagado con quince millones que habia de aprontar España, y mandado por Gustavo en persona, debia desembarcar en las costas de Francia y dirigirse á Paris, en tanto que las fuerzas del imperio atravesaban el Rhin.

Estos atrevidos planes de las cortes del Norte desagradaban á Leopoldo y al rey de Prusia, que echaban en cara á Catalina el haber faltado á sus promesas haciendo la paz con los turcos. ¿Podia el emperador llevar sus tropas hácia el Rhin miéntras tanto que aún duraban los combates entre rusos y otomanos sobre el Danubio, y hallándose amenazadas las retaguardias de su imperio? Catalina y Gustavo no dejaban por eso de dar una proteccion decidida á la emigracion. Estos dos soberanos enviaron ministros plenipotenciarios al lado de los príncipes franceses que estaban en Coblenza, lo que equivalia á declarar tácitamente la caducidad de Luis XVI y aún de la misma Francia, ó reconocer que el gobierno no se hallaba en Paris, sino en Coblenza. Además, hicieron entre sí un tratado de alianza ofensiva y defensiva en el interes comun del restablecimiento de la monarquía.

Deseando entónces Luis XVI de buena fe el desarme, envió á Coblenza al baron de Viomenil y al caballero de Coigny para que mandasen en su nombre á sus hermanos y al príncipe de Condé que disolviesen y desarmasen al ejército de los emigrados. Estas órdenes se recibieron como dadas por un rey que se hallaba preso, y fueron desobedecidas, sin volver ninguna respuesta. La Prusia y el imperio ma-

nifestaron más deferencia á las intenciones del rey, y disolvieron el ejército de los príncipes, mandando castigar en sus Estados los insultos hechos á la escarapela tricolor. Pero en el mismo momento en que el emperador daba estas pruebas del deseo que tenia de mantener la paz, la guerra iba á arrastrarle á su pesar. Lo que la sabiduría humana niega á las más grandes causas, se ve obligada á veces á concederlo á las más pequeñas. Tal fué la situacion de Leopoldo. El se habia negado á hacer la guerra para sostener los grandes intereses de la monarquía y habia prescindido de los sentimientos sagrados de la sangre que se la exigia, pero iba á concederla á los intereses insignificantes de algunos príncipes del imperio posesionados en la Alsacia y en la Lorena, cuyos derechos personales violaba la nueva



Una misa en el campo, en la Vendée.—Pág. 181.

Constitucion francesa. Se habia negado á dar socorro á su hermana, é iba á concedérselo á algunos vasallos. La influencia de la Dieta y sus deberes personales como cabeza del imperio le arrastraron á dar unos pasos que su resolucion personal no habia podido obtener. En su comunicacion de 3 de Diciembre de 1791 anunció al gabinete de las Tullerías la resolucion formal que habia adoptado de «dar socorro á los príncipes posesionados en Francia si no obtenian ser reintegrados completamente en todos los derechos que les pertenecian á tenor de los tratados».

Este escrito amenazador, comunicado bajo mano á Paris por el embajador de Francia en Viena ántes de recibirse oficialmente, asustó al rey y fué recibido con gozo por algunos de sus ministros y por el partido político que le era ménos hostil en la Asamblea. La guerra lo corta todo, y estos hombres acogieron aquella comunicacion como una solucion á las graves dificultades en que se hallaban metidos, y de las cuales no sabian cómo salir. Cuando no hay ya esperanza en el órden regular de los sucesos, la tenemos por lo general en lo que nos es desconocido. Pare-



ciales á estos espíritus aventurados que la guerra debía ser un entorpecimiento para la fermentacion universal, un estorbo para la revolucion y un medio seguro para que el rey volviese á apoderarse del poder al apoderarse del mando del ejército. Esperaban con esto poder cambiar el fanatismo por la libertad en un fanatismo de gloria, y engañar al espíritu del siglo embriagándole por medio de conquistas, en vez de satisfacerle dándole nuevas instituciones.

Los diputados de la Gironda pertenecian á este partido, y Brissot les inspiraba. Halagados con el título de hombres de Estado, que ellos aceptaban ya por vanidad, y que se les daba por ironía, querian justificar su pretension con un golpe audaz que cambiase la escena y que desconcertase á un mismo tiempo al rey, al pueblo y á Europa. Estos hombres habian estudiado las máximas de Maquiavelo, y miraban el desprecio de lo justo como una prueba de genio. Poco les importaba la sangre del pueblo, con tal que ellos pudiesen dar pábulo á su ambicion.

El partido jacobino, excepto Robespierre, pedía la guerra á voz en grito, y su fanatismo no le dejaba conocer su debilidad. Para estos hombres era la guerra un apostolado armado que iba á propagar su filosofía social por todo el universo, y se hacian la ilusion de que el primer cañonazo que se disparase en nombre de los derechos de la humanidad iba á conmovier todos los tronos.

Otro tercer partido confiaba tambien en la guerra, que era el de los constitucionales moderados. Estos se prometian poder dar cierta energía al poder ejecutivo, por la necesidad que habria de reconcentrar la autoridad militar en manos del rey en el momento en que la nacionalidad se viese amenazada. Toda guerra extraña da la dictadura al partido que la hace, y ellos esperaban para sí y para el rey esta dictadura de la necesidad.

## XIII

Una mujer jóven, pero ya influyente, prestaba á este último partido el prestigio de su juventud, de su genio y de su pasion; llamábase madama de Staël. Era hija de Necker, y habia respirado en una atmósfera enteramente política desde que vió la primera luz. La casa de su madre habia sido el cenáculo de la filosofía del siglo XVIII, y en sus salones, Voltaire, Rousseau, Buffon, D'Alembert, Diderot, Raynal, Bernardino de Saint-Pierre y Condorcet habian jugado con aquella niña y dado la primera direccion á sus pensamientos. Su cuna habia sido la de la revolucion. La popularidad de su padre habia acariciado sus labios, y habia dejado en ella una sed de gloria que no se apagó jamás. Buscábala con avidez, hasta en medio de las borrascas populares y á traves de la calumnia y de la muerte. Su genio era grande, su alma pura y su corazon apasionado. Hombre por la energía de su carácter, mujer por su sexo y por su ternura, necesitaba, para que quedase satisfecho su ideal de ambicion, que el destino asociase para ella en un mismo papel el genio, la gloria y el amor.

La naturaleza, la educacion y la fortuna hacian que fuese posible en ella este triple sueño de la mujer, del filósofo y del héroe. Nacida en una república, criada en la corte, hija de ministro y mujer de embajador, pertenecia al pueblo por su origen, á los literatos por su talento y á la aristocracia por su clase; estos tres elementos de la revolucion se confundian en ella, ó se combatian los unos á los otros. Su genio era como el coro de los antiguos, en que todas las principales voces del



MADAMA DE STAEL.



drama se confundían en una especie de concierto borrascoso. Pensador por la inspiración, tribuno por la elocuencia, mujer por el atractivo, su belleza, invisible á la multitud, necesitaba de la inteligencia para ser comprendida y de la admiración para inspirar sentimiento. No era en ella lo más notable la belleza del rostro y de las formas, sino la inspiración visible y la pasión que en ella se descubría. Su actitud, sus ademanes, el sonido de su voz y sus miradas, todo esto obedecía á su alma para dar mayor lustre á su persona. De sus negros ojos salían, á través de unas hermosísimas pestañas, ciertas chispas eléctricas de ternura y de orgullo. Véíase uno casi forzado á seguir su mirada cuando la dirigía hácia el espacio, como si tratase de encontrar en él las inspiraciones que buscaba. Esta mirada, franca y profunda como su alma, tenía tanta serenidad como brillo, y se sentía que el resplandor de su genio no era sino la reverberación de un gran foco de ternura que abrigaba en su corazón. Así había un amor secreto en la admiración que excitaba, y en esta misma admiración, el amor era lo único que ella apreciaba, porque para ella no era otra cosa el amor sino una admiración muy viva.

Los sucesos dan la madurez muy pronto. Las ideas y las cosas se habían sucedido en su vida con tal precipitación, que podía decirse que nunca había sido niña. A los veintidos años poseía toda la madurez del pensamiento, unida á la gracia y á la savia de los años juveniles. Escribía como Rousseau y hablaba como Mirabeau. Capaz de concepciones atrevidas y de seguir cualquier designio que concibiese, podía contener á la vez en su seno un gran pensamiento y un gran sentimiento. Semejante á las mujeres de la antigua Roma, que en la decadencia de la república agitaban el mundo con el movimiento de sus corazones, ó que daban y quitaban el imperio concediendo ó negando su favor, ésta quería que su pasión se confundiese en su política, y que la elevación de su genio sirviera para elevar á aquel que ella prefiriese. Su sexo le prohibía aquella acción directa que la plaza pública, la tribuna ó el ejército no conceden sino á los hombres en los gobiernos de publicidad. Ella debía permanecer invisible en medio de los acontecimientos que quería dirigir. Ser el destino oculto de un grande hombre, obrar por su mano, hacer su suerte, brillar llevando su nombre, era la única ambición que le estaba permitida; ambición tierna que seduce á la mujer, y que es suficiente al genio desinteresado. Ella no podía ser de un hombre político sino su conciencia y su inspiración; buscaba ansiosa á este hombre, y su ilusión le hizo creer que había dado con él.

## XIV

Había entónces en París un oficial general, jóven, de ilustre raza, de belleza seductora y dotado de un espíritu gracioso, flexible y vivo. Aunque llevaba el nombre de una de las familias más acreditadas en la corte, cierta nubecilla eclipsaba todas estas cualidades, porque, según se decía, circulaba por sus venas sangre bastarda, aunque real, y su fisonomía recordaba involuntariamente la de Luis XV. Acreditaba este rumor la ternura con que le querían las tías de Luis XVI, á cuya vista se había criado, manteniéndose luégo á su lado, y habiendo ascendido por el favor que aquellas señoras le dispensaban á los más distinguidos empleos del ejército y de la corte.

Este jóven era el conde Luis de Narbona. Criado en semejante cuna, educado